

# La letra escarlata

Nathaniel Hawthorne



Como consecuencia de su relación adúltera con el pastor del lugar, Ester Prynne queda embarazada. Luego, al negarse a revelar el nombre de su amante para no manchar su reputación, es condenada a llevar bordada sobre su vestido la infamante letra color escarlata. A través de su trama, Nathaniel Hawthorne nos presenta un fiel retrato del ambiente puritano del Boston de la época.

## Introducción

**N**o deja de ser singular que, a pesar de mi poca afición a hablar de mi persona y de mis asuntos, ni aún a mis amigos íntimos cuando estoy en mi hogar, el amor de la lumbre, se haya sin embargo apoderado de mí, en dos ocasiones distintas, una verdadera comen-zón autobiográfica al dirigirme al público. Fue la primera hará cosa de tres o cuatro años cuando, sin motivo justo que lo excusara, ni razón de ninguna especie que pudieran imaginar el benévolo lector o el autor intruso, obsequié a aquel con una descripción de mi género de vida en la profunda quietud de la Antigua Mansión<sup>[1]</sup>. Y ahora, porque entonces, sin méritos que lo justificaran, tuve uno o dos oyentes, echo de nuevo mano por el ojal de la levita, por decirlo así, y quieras que no quieras, me pongo a charlar de mis vicisitudes durante los tres años que pasé en una Aduana. Parece, no obstante, que cuando un autor da sus páginas a la publicidad, se dirige, no a la multitud que arrojará a un lado el libro, o jamás lo tomará en las manos, sino a los muy contados que lo comprenderán mejor que la mayoría de sus condiscípulos de colegio o sus contemporáneos. Y no faltaran autores que en este punto vayan aun más lejos en ciertos detalles confidenciales que pueden interesar sólo, y exclusivamente, a un corazón único y a una inteligencia en perfecta simpatía con la suya, como si el libro impreso se lanzara al vasto mundo con la certeza que ha de tropezar con el ser que forma el complemento de la naturaleza del escritor completando el círculo de su existencia al ponerlos así en mutua comunicación. Sin embargo, no me

parece decoroso, hablar de sí mismo sin reserva alguna, aun cuando se haga impersonalmente. Pero como es sabido que si el orador no se pone en completa e íntima relación con su auditorio, los pensamientos carecerán de vida y color, y la frase quedará desmayada y fría, es de perdonarse que nos imaginemos que un amigo, sin necesidad que sea muy íntimo, aunque sí benévolo y atento, está prestando oídos a nuestra plática; y entonces, desapareciendo nuestra reserva natural, merced a esta especie de intuición, podremos charlar de las cosas que nos rodean, y aun de nosotros mismos, pero siempre dejando que el recóndito Yo no se haga demasiado visible. Hasta ese extremo, y dentro de estos límites, se me alcanza que un autor puede ser autobiográfico, sin violar ciertas leyes y respetando ciertas prerrogativas del lector y aun las consideraciones debidas a su persona.

Ya se echará de ver que este bosquejo de la Aduana no carece de oportunidad, por lo menos de esa oportunidad apreciada siempre en la literatura, puesto que explica la manera como llegaron a mis manos muchas de las páginas que van a continuación, a la vez que presenta una prueba de la autenticidad de la historia que en ellas se refiere. En realidad, la única razón que he tenido para ponerme en comunicación directa con el público, viene a ser el deseo de presentarme como autor de la más larga de mis narraciones; y al paso que realizaba mi objeto principal, me pareció que podría permitírseme, por medio de unas cuantas pinceladas, dar una vaga idea de un género de vida hasta ahora no descrito, bosquejando los retratos de algunas de las personas que se mueven en ese círculo, entre las cuales la casualidad ha hecho que se contara el autor.

Había en mi ciudad natal de Salem, hará cosa de medio siglo, un muelle muy lleno de animación, y que hoy sucumbe bajo el peso de almacenes de madera casi podrida. Apenas se ven otras señales de vida comercial que uno que otro bergantín o barca, atracado al costado del melancólico

muelle descargando cueros, o alguna goleta de Nueva Escocia en que se está descargando un cargamento de leña que ha de servir para hacer fuego en las chimeneas. Donde comienza este dilapidado muelle, a veces cubierto por la marea, se alza un espacioso edificio de ladrillos, desde cuyas ventanas se puede disfrutar de la vista de la escena poco animada que presentan las cercanías, y de la abundante hierba que crece por todas partes, y han dejado tras sí los muchos años y el escaso movimiento comercial. En el punto más alto del techo del espacioso edificio que se ha hecho mención, y precisamente durante tres horas y media de cada día, a contar del mediodía, flota al aire o se mantiene tranquila, según que la brisa sople o esté en calma, la bandera de la república, pero con las trece estrellas en posición vertical y no horizontal, lo que indica que aquí existe un puesto civil, y no militar, del gobierno del Tío Samuel<sup>[2]</sup>. Adorna la fachada un pórtico formado de media docena de pilares de madera que sostienen un balcón, debajo del cual descende hacia la calle una escalera con anchas gradas de granito. Encima de la entrada se cierne un enorme ejemplar del águila americana, con las alas abiertas, un escudo en el pecho y, si la memoria no me es infiel, un haz de rayos y dardos en cada garra. Con la falta acostumbrada de carácter peculiar a esta malaventurada ave, parece, a juzgar por la fiereza que despliegan su pico y ojos y la general ferocidad de su actitud, que está dispuesta a castigar al inofensivo vecindario, previniendo especialmente a todos los ciudadanos que estimen en algo su seguridad personal, que no perjudiquen la propiedad que protege con sus alas. Sin embargo, a pesar de lo colérico de su aspecto, muchas personas están tratando, ahora mismo, de guarecerse bajo las alas del águila federal, imaginando que su pecho posee toda la blandura y comodidad de una almohada de edredón. Pero su ternura no es grande, en verdad, aun en sus horas más apacibles, y tarde o temprano —más bien lo último que lo primero—, puede arrojar del nido a sus pollue-

los, con un arañazo de las garras, un picotazo, o una escocedora herida causada por sus dardos.

El suelo alrededor del edificio que acabo de describir — que una vez por todas llamaré la Aduana del Puerto— tiene las grietas llenas de hierbas tan altas y en tal abundancia, que bien a las claras demuestra que en los últimos tiempos no se ha visto muy favorecido con la numerosa presencia de hombres de negocios. Sin embargo, en ciertos meses del año suele haber alguno que otro mediodía en que presenta un aspecto más animado. Ocasiones semejantes pueden traer a la memoria de los ciudadanos ya entrados en años, el tiempo aquel antes de la última guerra con Inglaterra en que Salem era un puerto de importancia, y no desdénado como lo es ahora por sus propios comerciantes y navieros, que permiten que sus muelles se destruyan, mientras sus transacciones mercantiles van a engrosar, innecesaria e imperceptiblemente, la poderosa corriente del comercio de Nueva York o Boston. En uno de esos días, cuando han llegado casi a la vez tres o cuatro buques, por lo común de África o de la América del Sur, o cuando están a punto de salir con ese destino, se oye el frecuente ruido de las pisadas de los que suben o bajan a toda prisa los escalones de granito de la Aduana. Aquí, aun antes que su esposa le haya saludado, podemos estrechar la mano del capitán del buque recién llegado al puerto, con los papeles del barco en deslustrada caja de hojalata que lleva bajo el brazo. Aquí también se nos presenta el dueño de la embarcación, de buen humor o mal talante, afable o áspero, a medida que sus esperanzas acerca de los resultados del viaje se habían realizado o quedado fallidas; esto es, si las mercancías traídas podían convertirse fácilmente en dinero, o si eran de aquéllas que a ningún precio podrían venderse, aquí.

Igualmente se veía el germen del mercader de arrugado ceño, barba gris y rostro devorado de inquietud, en el joven dependiente, lleno de viveza, que va adquiriendo el

gusto del comercio, como el lobezno el de la sangre, y que ya se aventura a remitir sus mercancías en los buques de su principal, cuando será mejor que estuviera jugando con barquichuelos en el estanque del molino. Otra de las personas que se presenta en escena es el marinero enganchado para el extranjero, que viene en busca de un pasaporte; el que acaba de llegar de un largo viaje, todo pulido y débil, que busca un pase para el hospital. Ni debemos tampoco olvidar a los capitanes de las goletas que traen madera de las posesiones inglesas de la América del Norte; marinos de rudo aspecto, sin la viveza del yankee, pero que contribuyen con una suma no despreciable a mantener el decadente comercio de Salem.

La reunión de estas individualidades en un grupo, lo que acontecía a veces, juntamente con la de otras personas de distinta clase, infundía a la Aduana cierta vida durante algunas horas convirtiéndola en teatro de escenas bastante animadas. Sin embargo, lo que con más frecuencia se veía a la entrada del edificio, si era en verano, o en las habitaciones interiores, si era en invierno, o reinaba mal tiempo, era una hilera de venerables figuras sentadas en sillones del tiempo antiguo cuyas patas posteriores estaban reclinadas, contra la pared. Con frecuencia también se hallaban durmiendo; pero de vez en cuando se les veía departir unos con otros en una voz que participaba del habla y del ronquido, y con aquella carencia de energía peculiar a los internos de un asilo de pobres y a todos los que dependen de la caridad pública para su subsistencia, de un trabajo en que reina el monopolio, o de cualquiera otra ocupación que no sea un trabajo personal e independiente. Todos estos ancianos caballeros —sentados como San Mateo cuando cobraba las alcabalas, pero que de seguro no serán llamados como aquél a desempeñar una misión apostólica—, eran empleados de Aduana.

Al entrar por la puerta principal del edificio se ve a mano izquierda un cuarto u oficina de unos quince pies cua-

drados de superficie, aunque de mucha altura con dos ventanas en forma de arco, desde donde se domina el antedicho dilapidado muelle, y una tercera que da a una estrecha callejuela, desde donde se ve también una parte de la calle de Derby. De las tres ventanas se divisan igualmente tiendas de especieros, de fabricantes de garruchas, vendedores de bebidas malas, y de velas para embarcaciones. Delante de las puertas de dichas tiendas generalmente se ven grupos de viejos marineros y de otros frecuentadores de los muelles, personajes comunes a todos los puertos de mar, charlando, riendo y fumando. El cuarto que hablo está cubierto de muchas telarañas y embadurnado con una mano de pintura vetustísima; su pavimento es de arena pardusca, de una clase que ya en ninguna parte se usa; y del desaseo general de la habitación bien puede inferirse que es un santuario en que la mujer, con sus instrumentos mágicos, la escoba y el estropajo, muy rara vez entra. En cuanto a mueblaje y utensilios, hay una estufa con un tubo o cañón voluminoso; un viejo pupitre de pino con un taburete de tres pies; dos o tres sillas con asientos de madera, excesivamente decrepitas y no muy seguras; y —para no olvidar la Biblioteca— unos treinta o cuarenta volúmenes de las Sesiones del Congreso de los Estados Unidos y un ponderoso Digesto de las Leyes de Aduana, todo esparcido en algunos entrepaños. Hay, además, un tubo de hoja de lata que asciende hasta el cielo de la habitación, atravesándolo, y establece una comunicación vocal con otras partes del edificio. Y en el cuarto descrito, habrá de esto unos seis meses, paseándose de rincón a rincón, o arrellanado en el taburete, de codos sobre el pupitre, recorriendo con la vista las columnas del periódico de la mañana, podrías haber reconocido, honrado lector, al mismo individuo que ya te invitó en otro libro a su reducido estudio, donde los rayos del sol brillaban tan alegremente a través de las ramas de sauce, al costado occidental de la Antigua Mansión. Pero si se te ocurriera ahora ir allá a visitarle, en vano preguntarías

por el Inspector de marras. La necesidad de reformas y cambios motivada por la política, barrió con su empleo, y un sucesor más meritorio se ha hecho cargo de su dignidad, y también de sus emolumentos.

Esta antigua ciudad de Salem, mi ciudad natal, y no obstante haber vivido mucho tiempo lejos de ella, tanto en mi infancia como más entrado en años, es, o fue objeto de un cariño de parte mía de cuya intensidad jamás pude darme cuenta en las temporadas que en ella residí. Porque, en honor de la verdad, si se considera el aspecto físico de Salem, con su suelo llano y monótono, con sus casas casi todas de madera, con muy pocos o casi ningún edificio que aspire a la belleza arquitectónica, con una irregularidad que no es ni pintoresca, ni rara, sino simplemente común, con su larga y soñolienta calle que se prolonga en toda la longitud de la península donde está edificada, y que éstos son los rasgos característicos de mi ciudad natal, tanto valdría experimentar un cariño sentimental hacia un tablero de ajedrez en desorden. Y sin embargo, aunque más feliz indudablemente en cualquiera otra parte, allá en lo íntimo de mi ser existe un sentimiento respecto de la vieja ciudad de Salem, al que, por carecer de otra expresión mejor, me contentaré con llamarlo apego, y que acaso tiene su origen en las antiguas y profundas raíces que puede decirse ha echado mi familia en su suelo. En efecto, hace ya cerca de dos siglos y cuarto que el primer emigrante británico de mi apellido hizo su aparición en el agreste establecimiento rodeado de selvas, que posteriormente se convirtió en una ciudad. Y aquí han nacido y han muerto sus descendientes, y han mezclado su parte terrenal con el suelo, hasta que una porción no pequeña del mismo debe tener estrecho parentesco con esta envoltura mortal en que, durante un corto espacio de tiempo, me paseo por sus calles. De consiguiente, el apego y cariño de que hablo, viene a ser simplemente simpatía sensual del polvo hacia el polvo.

Pero sea de ello lo que fuere, ese sentimiento mío tiene su lado moral. La imagen de aquel primer antepasado, al que la tradición de la familia llegó a dotar de cierta grandeza vaga y tenebrosa, se apoderó por completo de mi imaginación infantil, y aún puedo decir que no me ha abandonado enteramente, y que mantiene vivo en mí una especie de sentimiento doméstico y de amor a lo pasado, en que por cierto no entra por nada el aspecto presente de la población. Se me figura que tengo mucho más derecho a residir aquí, a causa de este progenitor barbado, serio, vestido de negra capa y sombrero puntiagudo, que vino ha tanto tiempo con su Biblia y su espada, y holló esta tierra con su porte majestuoso, e hizo tanto papel como hombre de guerra y hombre de paz, tengo mucho más derecho, repito, merced a él, que el que podría reclamar por mí mismo, de quien nadie apenas oye el nombre ni ve el rostro. Ese antepasado mío era soldado, legislador, juez: su voz se obedecía en la iglesia; tenía todas las cualidades características de los puritanos, tanto las buenas como las malas. Era también un inflexible enemigo, que dan buen testimonio los cuáqueros en sus historias, en las que, al hablar de él, recuerdan un incidente de su dura severidad para con una mujer de su secta, suceso que es de temerse durará más tiempo en la memoria de los hombres que cualquiera otra de sus buenas acciones, con ser éstas no pocas. Su hijo heredó igualmente el espíritu de persecución, y se hizo tan conspicuo en el martirio de las brujas<sup>[3]</sup>, que bien puede decirse que la sangre de éstas ha dejado una mancha en su nombre. Ignoro si estos antepasados míos pensaron al fin en arrepentirse y pedir al cielo lo que les perdonara sus crueldades; o si aún gimen padeciendo las graves consecuencias, de sus culpas, en otro estado. De todos modos, el que estas líneas escribe, en su cualidad de representante de esos hombres, se avergüenza, en su nombre, de sus hechos, y ruega que cualquier maldición en que pudieran haber incurrido —que ha oído hablar, y que parece dar testi-

monio la triste y poco próspera condición de la familia durante muchas generaciones—, desaparezca de ahora en adelante y para siempre.

No hay, sin embargo, duda que cualquiera de esos sombríos y severos puritanos habría creído, que era ya suficiente expiación de sus pecados, ver que el antiguo tronco del árbol de la familia, después transcurridos tantos y tantos años que lo han cubierto, de venerable musgo, haya venido a producir, como fruto que adorna su cima, un ocioso de mi categoría. Ninguno de los objetos que más caros me han sido, lo considerarían laudable; cualquiera que fuese el buen éxito obtenido por mí, si es que en la vida, excepto en el círculo de mis afectos domésticos, me ha sonreído alguna vez el buen éxito, habría sido juzgado por ellos como cosa sin valor alguno, si no lo creían realmente deshonroso. «¿Qué es él?» pregunta con una especie de murmullo una de las dos graves sombras de mis antepasados a la otra. «¡Un escritor de libros de historietas! ¿Qué clase de ocupación es ésta? ¿Qué manera será ésta de glorificar a Dios, y de ser durante su vida útil a la humanidad? ¡Qué! ¡Este vástago degenerado podría con el mismo derecho ser un rascador de violín! ¡Tales son los elogios que me prodigan mis abuelos a través del océano de los años!». Y a pesar de su desdén, es innegable que en mí hay muchos de los rasgos característicos de su naturaleza.

Plantado, por decirlo así, con hondas raíces el árbol de mi familia por esos dos hombres serios y enérgicos en la infancia de la ciudad de Salem, ha subsistido ahí desde entonces; siempre digno de respeto; nunca, que yo sepa, deshonorado por ninguna acción indigna de alguno de sus miembros; pero, rara vez, o nunca, habiendo tampoco realizado, después de las dos primeras generaciones, hecho alguno notable o que por lo menos mereciera la atención del público. Gradualmente la familia se ha ido haciendo cada vez menos visible, a manera de las casas antiguas que van desapareciendo poco a poco merced a la lenta elevación

del terreno, en que parece como que se van hundiendo. Durante más de cien años, padres e hijos buscaron su ocupación en el mar: en cada generación había un capitán de buque encanecido en el oficio, que abandonaba el alcázar del barco y se retiraba al antiguo hogar de la familia, mientras un muchacho de catorce años ocupaba el puesto hereditario junto al mástil, afrontando la ola salobre y la tormenta que ya habían azotado a su padre y a su abuelo. Andando el tiempo, el muchacho pasaba del castillo de proa a la cámara del buque: allá corrían entre tempestades y calmas los años de su juventud y de su edad viril, y regresaba de sus peregrinaciones por el mundo a envejecer, morir, y mezclar su polvo mortal con el de la tierra que le vio nacer. Esta prolongada asociación de la familia con un mismo lugar, a la vez su cuna y su sepultura, crea cierta especie de parentesco entre el hombre y la localidad, que nada tiene que ver con belleza del paisaje ni con las condiciones morales que le rodean. Puede decirse que no es amor sino instinto. El nuevo habitante —procedente de un país extranjero, ya fuere él, o su padre, o su abuelo—, no posee títulos a ser llamado Salemita; no tiene idea de esa tenacidad, parecida a la de la ostra, con que un antiguo morador se apega al sitio donde una generación tras otra generación se ha ido incrustando. Poco importa que el lugar le parezca triste; que esté aburrido de las viejas casas de madera, del fango y del polvo, del viento helado del Este y de la atmósfera social aun más helada, todo esto, y cualesquiera otras faltas que vea o imagine ver, nada tienen que hacer con el asunto. El encanto sobrevive, y tan poderoso como si el terruño natal fuera un paraíso terrestre. Eso es lo que ha pasado conmigo. Yo casi creía que el destino me forzaba a hacer de Salem mi hogar, para que los rasgos de las fisonomías y el temple del carácter que por tanto tiempo han sido familiares aquí, pues cuando un representante de la raza descendía a su fosa, otro continuaba, por decirlo así, la acostumbrada facción de centinela en la calle principal, aún se

pudieran ver y reconocer en mi persona en la antigua población. Sin embargo, este sentimiento mismo viene a ser una prueba de que esa asociación ha adquirido un carácter enfermizo, y que por lo tanto debe, al fin, cesar por completo. La naturaleza humana, lo mismo que un árbol, no florecerá ni dará frutos si se planta y se vuelve a plantar durante una larga serie de generaciones en el mismo terreno ya cansado. Mis hijos han nacido en otros lugares, y hasta donde dependiere de mí, irán a echar raíces en terrenos distintos.

Al salir de la Antigua Mansión, fue principalmente este extraño, atípico y triste apego a mi ciudad natal, lo que me trajo a desempeñar un empleo oficial en el gran edificio de ladrillos que he descrito, y servía de Aduana, cuando hubiera podido ir, quizá con mejor fortuna, a otro punto cualquiera. Pero estaba escrito. No una vez, ni dos, sino muchas, había salido de Salem, al parecer para siempre, y de nuevo había regresado, a la vieja población, como si Salem fuera para mí el centro del universo.

Pues bien, una mañana, muy bella por cierto, subí los escalones de granito que he hablado, llevando en el bolsillo mi nombramiento de Inspector de Aduana, firmado por el Presidente de los Estados Unidos, y fui presentado al cuerpo de caballeros que tenían que ayudarme a sobrellevar la grave responsabilidad que sobre mis hombros arrojaba mi empleo.

Dudo mucho, mejor dicho, creo firmemente, que ningún funcionario público de los Estados Unidos, civil o militar, haya tenido bajo sus órdenes un cuerpo de veteranos tan patriarcales como el que me cupo en suerte. Cuando los vi por vez primera, quedó resuelta para mí la cuestión de saber dónde se hallaba el vecino más antiguo de la ciudad. Durante más de veinte años, antes de la época que hablo, la posición independiente del Administrador había conservado la Aduana de Salem al abrigo del torbellino de las vicisitudes políticas que hacen generalmente tan preca-

rio todo destino del Gobierno. Un militar —uno de los soldados más distinguidos de la Nueva Inglaterra—, se mantenía firmemente sobre el pedestal de sus heroicos servicios; y, considerándose seguro en su puesto, merced a la sabia liberalidad de los Gobiernos sucesivos bajo los cuales había mantenido su empleo, había sido también el ánora de salvación de sus subordinados en más de una hora de peligro. El general Miller no era, por naturaleza, amigo de variaciones: era un hombre de benévola disposición en quien la costumbre ejercía no poco influjo, apegándose fuertemente a las personas cuyo rostro le era familiar, y con dificultad se decidía a hacer un cambio, aun cuando éste trajera aparejada una mejora incuestionable. Así es que al tomar posesión de mi destino, hallé no pocos empleados ancianos. Eran, en su mayor parte, antiguos capitanes de buque, que después de haber rodado por todos los mares y haber resistido firmemente los huracanes de la vida, habían al fin echado el ancla en este tranquilo rincón del mundo, en donde con muy poco que los perturbara, excepto los terrores periódicos de una elección presidencial, que podría dejarlos cesantes, tenían asegurada la subsistencia y hasta casi una prolongación de la vida; porque si bien tan expuestos como los otros mortales a los achaques de los años y sus enfermedades, tenían evidentemente algún talismán, amuleto o algo por el estilo, que parecía demorar la catástrofe inevitable. Se me dijo que dos o tres de los empleados que padecían de gota y reumatismo, o quizá estaban clavados en sus lechos, ni por casualidad se dejaban ver en la Aduana durante una gran parte del año; pero una vez pasado el invierno se arrastraban penosamente al calor de los rayos de mayo o junio, desempeñando lo que ellos llamaban su deber y tomando de nuevo cama cuando mejor les parecía. Tengo que confesar que abrevié la existencia oficial de más de uno de estos venerables servidores de la República. A petición mía, se les permitió que descansaran de sus arduas labores; y poco después, como si el único obje-

to de su vida hubiera sido su celo por el servicio del país, pasaron a un mundo mejor. No deja sin embargo de servirme de piadoso consuelo la idea de que, gracias a mi intervención, se les concedió tiempo suficiente para que se arrepintieran de las malas y corruptas costumbres en que, como cosa corriente, se supone que tarde o temprano cae todo empleado de Aduana, pues sabido es que de dicha institución no arranca senda alguna que nos lleve derechamente al Paraíso.

La mayor parte de mis subordinados pertenecía a un partido político distinto del mío. Y no fue poca fortuna para aquella venerable fraternidad, que el nuevo Inspector no fuera lo que se llama un politicastro, ni hubiera recibido su empleo en recompensa de servicios prestados en el terreno de la política. De lo contrario, al cabo de un mes de haber subido el ángel exterminador las escaleras de la Aduana, ni un solo hombre del antiguo personal de funcionarios hubiera quedado en pie. Y en remate de cuentas, no habría hecho ni más ni menos que conformarse a la costumbre establecida en casos semejantes por la política. Bien visible era que aquellos viejos lobos marinos temían que yo hiciera algo parecido; y no poca pena, mezclada con cierta risa, produjeron en mí los terrores a que dio origen mi llegada, al notar cómo aquellos rostros curtidos por medio siglo de exposición a las tempestades del mar, palidecían al ver a un individuo tan inofensivo como yo; o al percibir, cuando alguno me hablaba, el temblor de una vez que, en años ya remotos, acostumbraba resonar en la bocina del buque tan ronca y vigorosa que habría causado espanto al mismísimo Boreal. Muy bien sabían aquellos excelentes ancianos que, según las prácticas usuales, y, respecto de algunos de ellos en razón de su falta de aptitud para los negocios, deberían haber cedido sus puestos a hombres más jóvenes, de distinto credo político, y más adecuados para el servicio de nuestro Gobierno. Yo también lo sabía, pero no pude resolverme a proceder de acuerdo con ese conocimiento. Por lo